

extraordinarias condiciones de estudio, experiencia y talento que hacen de su creador otro de los grandes en la literatura chilena.

“LA LUZ VIENE DEL MAR”, de *Nicomedes Guzmán*, Ediciones Aconcagua, 1951

Novela de intermitente lirismo, revela su poesía fundamental en la división en “climas” y partes con denominaciones metafóricas: *Los Mástiles del Día*, *Las Anclas de la Noche*, *El Mar Arrodillado*.

Interesante caso de conceptismo barroco. Los capítulos repiten sus nombres cada vez que un asunto o algunos personajes inciden en la trama. Si es *En la Brecha*, trátase de las reivindicaciones que los obreros del salitre persiguen briosamente; cuando el título es *Virginia y su Mundo*, asistimos al desenvolvimiento de la personalidad de una adolescente, desconcertada por el tumulto del sexo. Otros motivos son *Medalla Oriental*, que acuña psicología de chinos. *Los Cinco Jazmines del Huacho Fieroga*, estampa recia de un roto. *La Ternura Terrible*, donde la sensualidad se desata trágicamente.

Creemos que Nicomedes Guzmán ha logrado su objetivo, el de producir “climas”, y aquí finca el mérito del libro.

Desde luego, ¿qué significa “La Luz Viene del Mar?” Hay gentes que aguardan explicaciones, personas que aun penan por saber a qué obedece, pongamos por acaso, el nombre de “La Luna y Seis Peniques”. Y así como podríamos contestarles qué significa ideal a trueque de miseria, nos atreveríamos a sugerirle que en el ámbito de exaltaciones iquiqueñas de nuestro libro donde la pampa consume oscuramente las energías, la claridad sólo viene del océano.

Porque, en efecto, las temperaturas o climas psíquicos de la obra no disfrutan de convención notarial, y antes desconciertan al sesudo doctor que ha comenzado por ahorrar el conocimiento de la tumultuosa fauna dostoiewskiana.

En esta orquestación o sinfonía de tierra y caracteres, sobresale en primer término la persistencia melódica de las estructuras, y en

seguida los tipos individuales. Cada personaje es él y sus circunstancias. Funcionan como los términos de una razón, por manera que son inseparables y sus valores correlativos. Al modo como permanecen en nuestra memoria las representaciones zurcidas a las impresiones, los olores y los sabores a las ideas, lo compacto de un carácter se afianza en el ambiente que le va modelando el destino. En el lenguaje de la psicología de la forma se llama "figura" al elemento que se destaca en la percepción, y "fondo" es lo que le sirve de engarce. Como las perspectivas suelen ser alternantes, éste puede sustituir a aquélla y así nos encontramos con escritores que no logran tipificar, troquelar personajes que predominen sobre su medio, y otros en que el ambiente se halla desvanecido. Pueden ser estimables toda vez que la "figura" o factor de predominio se realice con maestría.

Nicomedes Guzmán ha logrado que funcionen alternativamente como "figuras" y "fondos" protagonistas y medios, con intercambios de potenciales que hacen pasar la atención de unos a otros, y en el recuerdo insisten solidarios como el meollo y su carácter.

En una palabra, los caracteres maduran en su "clima".

Ahí tenemos al "huacho Fieroga" (metátesis de Figueroa), seco y escueto como la pampa que lo ha modelado; al pirata Cholakys, insensible seductor que juega, bulle y derrocha a puños; el "cara de pescado", en fin, a quien acosa "la ternura terrible", suerte de sensualidad con ansias de sublimación erótica inabordable. Pues bien, todos y cada uno cristalizan su actitud prevalente en alguna escena que los hace permanecer en la movilidad dinámica con que sus vidas nos van afectando: el "huacho Fieroga" en formidable pelea en que a reiterados requerimientos tunde magistralmente a un matón jactancioso; el griego Cholakys nos sorprende ejecutando en ese lenocinio cuasi doméstico de Iquique, promovido ya por Eduardo Barrios, una melodía empreñada de sensibilidad y exotismo dulce y melancólico; mientras el "cara de pescado" se vacía un ojo para ofrecerlo a una casquivana desdeñosa.

Todos contradictorios, paradojos, pero con naturalidad.

En los demás personajes encontraríamos parejas determinaciones. Son complejos, impuros, vivientes.

A veces puede más el "clima" que todo, se constituye verdaderamente en "figura", como pasa en el *Coro de Rameras*.

Nicomedes es artista de cierto, con vivencias de primer grado o de primera mano, por eso nos comunica la fuerza de su interpretación y nos depara disfrute estético. Se le puede pedir que deslastre de artificio y retorcimiento tal cual expresión, que atenúe los tintes de algún aguafuerte o deseque cierto lirismo aguanoso; pero no deben escatimarse los encomios a esta nueva obra en que, superando el simplismo argumental unitario, ha combinado peligrosa y conseguidamente modalidades impresionistas y realistas con que enriquece nuestra ya ingente veta de novelación.

"EL AMERICANO", de *Luciano Cruz*, cuentos, Santiago de Chile, 1951

Es el primer libro de un escritor que presumimos muy joven y sabemos confeso del inocente delito de ambicionar fama literaria. La conseguirá si es humilde observante de la realidad y disciplina estética, porque talento no le falta.

"El Americano" es un desconcertante esbozo de novela que aparece al final. Nos recuerda el desatino que so capa de satirizar la inestabilidad política de nuestro continente publicara el imponderable señor de las "barbas de chivo", don Ramón del Valle Inclán, con el sugestivo nombre de "Tirano Banderas". La acción "podía desarrollarse en cualquier país de la América española". No consiguió sin que se lo propusiera el mayor de sus "esperpentos"?

"El Americano" finge alguna disputa caótica en período electoral seguramente uno de esos *petits pays chauds* a que los franceses aluden con sabiduría. En manera ninguna puede convenir como sátira a un continente.

De los cuentos, *La Huída y Jarritos* refieren con alguna inge-